En la Baja California parece que no existía armamento de ninguna clase.

Podría seguir largamente haciendo comparaciones á cual más lastimosas; pero repito, que los estados que anteceden me relevan de este trabajo, en el caso de que el lector tenga interés y curiosidad de enterarse de ellos.

Lo que se desprende desde luego de su examen, es el caos en que se hallaban los almacenes de artillería, y la imposibilidad de organizar la defensa nacional.

Procuraré más adelante estudiar las causas que tenían á ramo tan importante en aquel punible abondono.

IX.

Pasaremos ahora al examen de las armas portátiles, de su distribución en diversos puntos y del estado de servicio en que se hallaban.

Puntos.	Fusiles.		Carabinas.		Tercerolas.	
	NUEVOS.	DE SERVICIO.	NUEVAS.	DE SERVICIO.	NUEVAS.	DE SERVICIO.
México.	0,000	1,501	000	000	0,000	753
Puebla	73	1	000	000	128	000
Veracruz	3,937	1,299	000	000	1,826	377
Oaxaca.	0,000	63	000	2	0,000	000
Querétaro	0,000	281	000	13	0,000	000
Guadalajara	0,000	751	000	000	0,000	000
San Luis.	140	181	000	000	0,000	000
Zacatecas.	58	0,000	000	000	0,000	000
División del Norte.	630	101	914	560	0,000	000
Acapulco.	0,000	31	000	000	0,000	000
Mazatlán.	455	0,000	000	000	0,000	000
Tabasco	0,000	90	000	000	0,000	000
Chiapas.	0,000	22	000	000	0,000	004
Chihuahua	356	70	0	2	0,000	000
Sumas . . .	5,649	4,391	914	577	1,954	1,134

Mientras que en la capital solamente había 1,501 fusiles y 753 tercerolas de servicio; en Veracruz teniamos 3,937 fusiles nuevos, 1,229 de servicio, 1,826 tercerolas nuevas y 377 de servicio; lo que hace un total de 7,369 armas portátiles, es decir, más de la mitad del armamento que se hallaba esparcido en la República.

¿Qué hacía aquel armamento en Veracruz, cuando es bién sabido que el Estado nunca había levantado más tropas que sus guardias nacionales, puesto que para guarnecer el puerto era necesario que bajasen tropas del interior, mientras que en México y en Guadalajara se hubiera utilizado muy bien?

Dejando, pues, al Estado lo que necesitara para armar sus guardias, lo restante debía de haberse trasladado al interior, con tanto más motivo, cuanto que, como llevo dicho, aquel clima ejerce una funesta acción sobre los objetos de hierro ó de acero.

Pasaremos ahora á las armas blancas.

PUNTOS.	LANZAS.				Espadas de Caballería.				Sables.		Espadas de Infantería.		Espadas para Músicos.	
	Con Asta.		Moharras.		Montadas.		Hojas Sueltas							
	Nuevas	Servicio	Nuevas.	Servicio	Nuevas	Servicio	Nuevas.	Servicio	Nuevos.	Servicio	Nuevas	Servicio	Nuevas	Servicio
Veracruz	"	652	"	561	"	"	"	"	"	"	"	"	"	"
Puebla	"	"	"	"	269	"	"	"	"	80	"	"	"	"
Pe.ote	"	"	"	1,523	5,768	191	"	"	"	"	3,656	180	68	"
Querétaro	"	"	"	"	"	3	"	"	"	"	"	"	"	"
Zacatecas	"	40	"	"	"	"	"	"	"	"	"	"	"	"
División del Norte	864	80	"	"	6	106	"	"	"	"	"	"	"	"
Chiapas	"	50	"	"	"	"	"	"	"	"	"	"	"	"
México	"	"	240	"	1,370	116	244	"	44	39	"	"	"	"
Sumas	864	822	240	2,084	7,413	416	244		44	119	3,656	180	68	

En la Memoria de guerra, del año de 1846, del General Almonte, aparece el armamento que en seguida se expresa:

ARMAS DE FUEGO PORTATILES.

Fusiles Ingleses.		Id. de diversas fábricas.		Rifles.		Carabinas.		Tercerolas.		Esmeriles.	
N.	De servicio.	N.	De servicio.	N.	De servicio.	N.	De svo.	N.	De svo.	N.	De svo.
100	3,311	0	157	0	39	0	114	0	138	0	1
										Total:	3,860

ARMAS BLANCAS.

Lanzas con asta.		Moharras.		Sables.		Espadas.		Hojas sueltas.		Espadas de Infantería.	
N.	De servicio.	N.	De svo.	N.	De svo.	N.	De svo.	N.	De servicio.	N.	De servicio.
0	1,140	31	640	0	356	2,733	1,606	219	0	20	182

Total, rebajando las moharras y las hojas sueltas: 6,037

Por la comparación de estos estados con los anteriores, se viene en conocimiento, de que en el año de 1845 había en almacenes 14,619 armas de fuego portátiles de diversas clases y 13,582 armas blancas.

Por la Memoria de 1846, solamente quedaban 3,860 de las primeras y 6,037 de las segundas, resultando una baja de 10,759 armas de fuego y de 7,545 armas blancas; y continuando en la misma proporción, en el año siguiente no debería quedar en almacenes ningún armamento. Como en aquella fecha el país se hallaba en guerra y todos sus puertos bloqueados, no era posible reparar de algún modo tan sensibles pérdidas.

Debo advertir que en los estados aparece una gran cantidad de material de guerra con la clasificación de inútil, cuyo material se había ido aglomerando desde el principio de nuestras revoluciones, y de él se había aprovechado todo lo posible.

Una administración prudente hubiera dispuesto que semejante acumulación de estorbos se rematara al mejor postor, para evitar embarazos en los almacenes y para no ocupar la atención de la Secretaría de Guerra ni la de los empleados de cuenta y razón con anotaciones de partidas de objetos inservibles.

Por estas razones yo no las he tomado en cuenta, y por idénticos motivos no he incluido entre las armas blancas las moharras, ni las hojas sueltas de espada, que no deben darse de alta sino cuando entren completas en los almacenes.

Es de llamarse la atención sobre la cantidad respectivamente considerable de armamento de caballería comparado con el de infantería, y mucho más sobre las *3,836 espadas de infantería* que no tenian objeto y que estoy persuadido que nunca sirvieron para nada.

Es también notable que en la Alta California hubiera un depósito de *2,433 bayonetas sueltas*, que sería curioso averiguar cómo fueron á dar allí, donde no había en qué emplearlas, mientras se carecía de ellas en el centro del país.

La falta de proporción en las diferentes clases de armamento, y la adquisición de cosas inútiles, están indicando que no había método ni sistema alguno establecido para proveerse del material de guerra, ó que no se tenía conciencia de la utilidad de lo que se compraba.

Sensible como es el tener que confesar que reinaba el mayor desorden en todo lo relativo al ramo de guerra, la extricta justicia así lo exije y no hay modo de eludirla.

X.

Que la Nación no estaba en posibilidad de sostener ninguna guerra extranjera, salta desde luego á la vista con solo el estudio que hemos venido haciendo.

Ahora bién, ¿quién ó quiénes eran los responsables de tan gran desbarajuste?

La misma justicia que hemos invocado nos obliga á decir, que los culpables fueron todos.

Es decir, lo fué la Nación.

Véamos por qué.

Dividida la población en bandos irreconciliables, vivía en una constante lucha que no le dejaba un momento de reposo.

Al siguiente día de elevado un Gobierno, comenzaban los trabajos para derribarlo: todos los que le eran contrarios y los que habian quedado descontentos, se unían haciendo los mayores esfuerzos para conseguir su objeto.

La prensa de oposición no descansaba un instante para causar el desprestigio de los funcionarios públicos; la calumnia, la difamación, las noticias falsas ó alarmantes, la seducción de los militares; todos los medios parecian buenos, si se lograba zapar los cimientos del nuevo edificio.

El Gobierno, por su parte, tenía que defenderse luchando con las mayores dificultades. Los Ministros se sucedian con frecuencia viviendo en una continua agitación.

El Departamento de la Guerra se ocupaba en recompensar á los que habían coadyuvado al último pronunciamento: se extendían despachos de ascensos y diplomas, se recibian y contestaban solicitudes de empleados, de militares y de viudas: se reorganizaban los cuerpos, refundiéndose unos, suprimiéndose otros, creándose algunos: se reformaban los uniformes, ya modestamente, ya con esplendor, según las ideas dominantes.

El Ministro seguía una activa correspondencia con los generales y jefes del ejército, y con las personas influyentes en la política.

Se podía percibir en las altas horas de la noche el trabajo incesante de la Secretaría, cuyos salones iluminados denunciaban la actividad que reinaba en ellos.

Se tendrá una idea del movimiento que solía haber en este Departamento, sabiendo, que desde el mes de Octubre de 1841, á fin de Diciembre de 1843, se despacharon 57,070 expedientes, sin contar el cúmulo de cartas particulares contestadas; y que se expidieron desde 13 de Octubre de 41 á 6 de Diciembre de 44, 11,278 despachos y diplomas.

Seguían después las intrigas, las denuncias de conspiraciones, las alarmas, las órdenes para acuartelamientos, los manejos indignos para causar el desprestigio de unos y la elevación de otros.

Comenzaban las sublevaciones de pequeñas partidas que aparecían en los campos, dispersándose á la aproximación de las fuerzas del Gobierno para aparecer por otro rumbo aumentadas.

Llegaba la crisis más terrible, la falta absoluta de dinero.

El Ministro de la Guerra ocurría al de Hacienda en demanda del pan del soldado.

¡No había para los ranchos! ¡A los Jefes y Oficiales se les debian dos ó más quincenas! ¡Faltaban medios de trasporte para que marcharan las tropas nombradas para expedicionar!

El Ministro de Hacienda en tan angustiosos momentos se veía obligado á ocurrir á los agiotistas, quienes movidos á compasión facilitaban uno ó dos días de haber para la guarnición, mientras se arreglaba un préstamo á su gusto.

A veces sucedía que la Tesorería con mil apuraciones conseguía dar medio día de haber para la tropa á las once de la noche.

Otras ocasiones ocurría que ya lista una tropa para expedicionar, tenía que detenerse algunos días por falta de dinero.

Al fin, el Ministro abrumado de fatiga, conseguía que el Go-

bierno le diera alguna comisión honorífica, como pretexto para dejar el puesto, ó bién aburrido de tanto batallar renunciaba la cartera, dejando que su sucesor continuase aquel trabajo de Sisifo.

Por último, aquella situación sostenida á tanta costa acababa por derrumbarse: un nuevo pronunciamiento triunfaba, y grandes esperanzas de paz y bienandanza surgían por todas partes: pero antes que trascurrieran seis meses, el estado político del país volvía á entrar en aquel círculo vicioso de que acababa de salir.

No es de omitirse la circunstancia, de que además de los trastornos de que acabo de hacer mención, siempre se hallaba preocupada la atención del Gobierno con los acontecimientos que ocurrían en el litoral ó en las fronteras de la República.

En los tiempos en que tuvieron lugar los primeros pronunciamientos, aún permanecían los españoles en Ulúa, y se tenía que combatir para desalojarlos de aquel último terreno que ocupaban.

Capitulado Ulúa, se llevaron las hostilidades al puerto de la Habana, donde sucumbió gloriosamente el bergantin "Guerrero" combatiendo con la fragata española "La Lealtad."

Poco después, en 1829, desembarcó en Tampico la expedición que mandaba el Brigadier Barradas, la que después de varios combates se vió obligada á capitular.

En 1835 ocurrió la sublevación de Texas, con los hechos de armas consiguientes. En el mismo año marchó una división con el objeto de reducir á los sublevados de Texas, y en 1836, después de varias acciones de armas bastante sangrientas, la división tuvo que retirarse.

En 1838, la Francia nos vino á visitar; se apoderó á viva fuerza del castillo de Ulúa; fué rechazada en Veracruz y después se firmó la paz.

Desde 1838 hasta 1845, no cesaron las hostilidades entre nuestras tropas y los texanos, invadiéndose mutuamente ambas regiones.

De consiguiente, puede decirse, que desde 1821 hasta 1845, México nunca tuvo un momento de sosiego, ya por la constante

guerra de los bárbaros, ya por guerras extranjeras, ó bién por nuestros frecuentes pronunciamientos.

Ahora, yo pregunto: ¿podrían los Ministros tener la tranquilidad de ánimo bastante, para ponerse á estudiar con calma el estado en que se hallaban los almacenes, fortalezas y maestranzas; para dedicarse á remediar las faltas que hubiera, adquirir lo que fuese necesario, hacer desaparecer lo superfluo ó inútil, armonizar todos los elementos de defensa que debía de tener el país, y todo esto faltando el primer móvil que es el dinero?

Yo creo que esta era una empresa superior á las fuerzas de cualquier hombre.

El personal encargado de la conservación y reparación del complicado y variadísimo material de guerra, encontrando obstáculos insuperables para desempeñar su cometido, principalmente por la carencia de numerario, sin el cual no podía remover ni trasladar de un punto á otro lo que en éste sobraba y en aquel faltaba; que no le era posible conservar los efectos en buén estado por no contar con lo necesario para el efecto; cansado de dar partes, de hacer pedidos y de formar presupuestos, concluía por aburrirse y naturalmente descuidaba los intereses que estaban á su cargo.

Venía en seguida la revolución con el desorden correspondiente; se sacaba y se introducía en almacenes sin llevar cuenta ni razón, se removían y cambiaban empleados, cesando de hecho toda responsabilidad.

Estos acontecimientos repetidos por muchos años, fueron aglomerando ruinas sobre ruinas, y mucho fué que quedase algo en pié en la época á que me refiero.

Durante la Administración del General Santa-Anna, de los años de 1841 á 1844, se encontraron en Inglaterra los efectos de guerra que siguen:

5,000 fusiles de chispa.
3,000 tercerolas de idem.
3,000 espadas de caballería.
* *5,800 espadas para infantería.*
* *200 espadas para músicos.*

10 cañones bomberos de á 10 pulgadas.
10 id. id. de á 8 id.
6 id. de batalla de á 12.
10 id. de id de á 8.
6 morteros de á 12 pulgadas.
6 obuses de á 8 pulgadas.

(Memoria de 11 de Enero de 1844.)

NOTA.—De los bomberos faltaron cinco montajes, y una pieza de batalla de á 12.

Bién poco era esto para las necesidades de la Nación; pero si hubiese sido posible destinar cada año una partida del presupuesto para aumentar el material de guerra, habría sido muy conveniente, aunque á ello se oponía la notoria repugnancia con que la opinión pública miraba esta clase de gastos, y los continuos trastornos que sufría el país.

Convendría averiguar ¿de dónde provenía aquella turbulencia constante, y de dónde emanaban los continuos pronunciamientos?

Siempre se ha dicho que el ejército era el autor de los pronunciamientos, y á él se ha hecho responsable de todas las desgracias de la Patria.

Ya hemos visto que la Nación entera, siendo víctima del frenesí de las pasiones políticas, tomaba parte activísima en la rencorosa lucha que devoraba sus entrañas; y si bién es cierto que en último resultado aparecía en la escena la fuerza armada, ya fuese del ejército, de la milicia activa ó de la cívica, es también verdad que aquellas fuerzas eran compelidas y empujadas por los partidos que no dejaban de azuzarlas ni un momento.

Los militares, como hombres, también tenian pasiones, tomaban una parte considerable en las cuestiones políticas, y no parece racional pretender, que los que en los campos de batalla tenian que dirimir con las armas la suerte de un partido, fuesen estoicos é insensibles instrumentos de las camarillas que los lanzaban al combate.

La sociedad conmovida hasta lo más profundo, y dividida en opiniones, ejercía naturalmente una influencia poderosa en la fuerza armada, que había nacido de su seno, y que se hallaba

ligada íntimamente á ella, por los lazos de la sangre, de la amistad, ó de relaciones ó compromisos sociales.

De aquí que el ejército se hallase también dividido en opiniones y que llegando determinadas circunstancias estallase un conflicto.

Por esto se le ha visto proclamar diferentes planes que representaban las distintas opiniones; mas no sería justo negar, que siempre una parte del ejército permanecía fiel al Gobierno, y que no cedía sino á la fuerza ó á la opinión pública.

Es verdad que la ambición comenzó á desvirtuar la sinceridad con que muchos sostenían sus opiniones, y que vista la facilidad con que tantos se elevaban, se introdujo la desmoralización en la fuerza armada y disminuyó considerablemente el número de los que de buena fe sostenían sus principios.

Mas, cuando se ha visto á los simples ciudadanos tomar la política como un medio para alcanzar los puestos más elevados del Estado, ¿se podía pretender que tan funesto ejemplo no cundiese entre los militares?

No obstante, numerosos ejemplos se podían citar, de generales, jefes y oficiales que prefirieron vivir con sus honrosos servicios en la pobreza y en la oscuridad, que especular para elevarse con las desgracias de la Patria.

En resumidas cuentas, puede asegurarse, que no existía corporación, gremio, clase y acaso ni individuo, que no tomase ó hubiese tomado parte más ó menos activa en nuestras revoluciones; en las que hasta el bello sexo llegaba á veces á preocuparse con vehemencia por el triunfo de un partido.

En las comarcas rurales, y en los distritos montañosos se improvisaban fuerzas irregulares, que inopinadamente aparecían proclamando algún plan revolucionario.

A ellas se adherían, por lo regular, las llamadas "Acordadas" que los pueblos sostenían en los caminos para su policía.

De los lugares poblados comenzaban á salir antiguos militares de los que estaban fuera de servicio, y también paisanos que, unos por sostener el nuevo plan, y otros en busca de fortuna, se iban á incorporar á los revoltosos.

Empezaban después las defecciones de las tropas, ó de las mi-

licias, y á proporción que crecía el desprestigio del Gobierno, aumentando aquellas, arrastraban con su ejemplo hasta el resguardo del tabaco, el de las aduanas y aún á los guardas de las garitas.

Al principio, las tropas del Gobierno adquirian fáciles victorias sobre aquellas masas mal organizadas, cosa que después se hacía más difícil.

Las defecciones eran más frecuentes, la bola de nieve crecía sin cesar, hasta que el Gobierno agobiado, execrado, aborrecido de todos, se hundía en el abismo del pasado.

Poco más ó menos esta fué la historia de la mayor parte de nuestros Gobiernos.

En la época á que me refiero, el general Santa-Anna acababa de correr la misma suerte que los demás.

Un nuevo gobierno apoyado en la opinión, con propósitos de moralidad y de orden, había sido elevado por el pueblo, y la sociedad parecía satisfecha.

Empero, el 7 de Junio de 1845, los partidarios del Gobierno caido lograron sublevar al Batallón de Granaderos, que se apoderó del Palacio Nacional, poniendo preso al Presidente, que lo era el general D. José Joaquín de Herrera.

El bizarro comportamiento del Batallón núm. 4, que por el Jardín Botánico penetró en el edificio, conducido por su coronel D. José López Uraga, logró sofocar aquel levantamiento, no sin cruel derramamiento de sangre.

A fines del mismo año, las relaciones con nuestros vecinos habían llegado á tal grado de tirantez, que la guerra parecía inevitable.

A pesar de esto, el general D. Mariano Paredes y Arrillaga, que tenía orden de marchar con su división á la frontera del Norte, al salir de San Luis Potosí, se pronunció en "El Peñasco" y contramarchó sobre la Capital, á donde llegó á fines de Diciembre con cerca de siete mil hombres.

Secundado por parte de la guarnición, la defensa se hizo imposible y Paredes ocupó la Presidencia.

El general no se alojó en el Palacio, ni recibió sueldo de Presidente.

Se ocupó con actividad en allegar recursos, estableciendo la mayor economía: se dedicó con asiduidad á organizar, disciplinar é instruir al ejército, creyendo que con los elementos que él pudiera reunir, lograría dirigir la campaña con mejor éxito que ningún otro.

Pero los demás no pensaban como él, y en el Sur de México, en Mazatlán y en Guadalajara, apareció la revolución cuando ya el extranjero pisaba nuestro territorio.

El 1° de Agosto de 1846, después de los desastres de Palo-Alto y la Resaca, se pronunció la Ciudadela de México con el general Salas, por la Federación y el General Santa-Anna.

A consecuencia de este movimiento, entró á ejercer la Presidencia D. Valentín Gómez Farías.

Pasada la batalla de la Angostura y amenazado Veracruz por el enemigo, una parte considerable de la Guardia Nacional se pronunció en la ciudad de México por "Religión y fueros."

Ya en Querétaro el Gobierno, donde se había refugiado á consecuencia de la pérdida de la Capital, se pronunciaron los indígenas de la Sierra de Xichú por su independencia, y aún se aseguró que enviaron comisionados al general Scott, proponiendo la anexión á los Estados Unidos.

Poco después, ya ajustada la paz, se pronunció de nuevo, en Guanajuato el General Paredes, que había regresado de Europa, proclamando la continuación de la guerra, y este pronunciamiento tuvo eco en Mazatlán y en S. Luis Potosí, aunque en todas partes fué sofocado.

XI.

Por el examen justo é imparcial que he venido haciendo del estado general en que se hallaba la República: de la cruel y desvastadora guerra que tenía que sostener con las diversas tribus bárbaras: de la miseria que en toda ella reinaba: del abatimiento del espíritu público: del inmenso territorio que tenía que defen-

der con una población escasa y diseminada en tan grande extensión, y un ejército desarreglado é incompetente por su número: de la escasez de material de guerra y del desorden en que se hallaba: de la excitación en que los partidos políticos vivian y de la influencia nociva que ejercian sobre la fuerza armada, cualquiera que fuese su denominación; se deberá convenir, como tantas veces lo llevo dicho, que no era absolutamente posible que pudiera sostener una guerra con espectativa de buén éxito.

Pero á cuadro tan desconsolador, aun tendré que añadir algunas pinceladas que lo harán más sombrío.

Como es bien sabido, el nervio de la guerra es el dinero, y con él se habrían remediado, obrando oportunamente algunos de los males que nos aquejaban. Pero el estado que guardaba nuestro erario era tan triste, como podrá verse por la noticia que sigue.

El Ministro de Hacienda D. Luis de la Rosa, en su Memoria presentada á las Cámaras á principios del año de 1845, hace el análisis siguiente de las rentas públicas:

"El verdadero producto disponible de las rentas "se reduce, con corta diferencia, á la cantidad "de trece millones de pesos.....$	13.000,000
"De esta suma habrá que deducir, para las aten- "ciones tan preferentes del crédito público.....$	3.000,000
Quedan..$	10.000,000
"Más aún el deficiente que causará la asignación "de rentas de los Departamentos.....$	2.000,000
Quedarán...$	8.000,000

Véamos el *Presupuesto de Egresos:*

Departamento de Justicia.....$	394,853
" " Relaciones.....$	529,649
" " Hacienda.....$	1.563,893
" " Guerra.....$	11.305,004
Suma....$	13.793,399
Se calculan los productos en.....$	8.000,000
Resulta un deficiente de.....$	5.793,399

¡Con que, según esto, la Nación contaba con ocho millones de pesos para prepararse para la guerra y atender á todos los ramos de la Administración!

Pero aun los ocho millones eran una ilusión; porque todos los puertos se verían bloqueados en cuanto comenzase la guerra, (como en efecto se verificó) y es notorio que el mayor ingreso que tenía el erario provenía de los derechos de las Aduanas Marítimas.

XII.

Para concluir, me resta solamente dirigir una mirada investigadora al otro lado del Atlántico, para inquirir si de alguna parte podriamos alvergar esperanzas de socorro; si la idea de una alianza, aunque fuere poco probable, podría alentarnos en la lucha desigual que teniamos que sostener. Si siquiera auxilios indirectos se podrian esperar.

En vano: el vacío se hacía en derredor nuestro, y se nos vería sucumbir con la mayor frialdad.

Esto no obstante, la prensa de las naciones *amigas* nos ultrajaría en nuestra desgracia.

La Europa hubiera visto con complacencia, que se estableciera en México un Gobierno Monárquico, mas en general estos deseos eran absolutamente platónicos.

España y Francia eran las más interesadas; pero querían que México hiciera por sí mismo el cambio apetecido, á reserva de apoyarlo después, mirando las ventajas que podían sacar; por supuesto sin comprometerse, ni mucho menos verse envueltas en una guerra.

España, que había rechazado con horror el Plan de Iguala y los tratados de Córdova, por la esperanza que abrigaba de la reconquista; cuando por sus desgracias interiores se convenció de que esto no era posible, vino á conformarse con aceptar aquel Plan y alentaba á los que en la Répubica trabajaban por él.

Francia, acerca de cuyo Gobierno parece que el partido conservador hacía frecuentes gestiones, con objeto de procurarse su apoyo, y que aquel no veía sin duda con malos ojos, permanecía á la espectativa del avance de las ideas monárquicas en México y es probable que no escasease las promesas.

Es de presumir que al acercarse la tormenta que iba á descargar sobre la República el partido conservador, contaba demasiado con el auxilio de aquellas naciones ó de alguna de ellas.

A esto, sin duda, obedeció el pronunciamiento del General Paredes, quien al ocupar la capital estableció un Gobierno netamente conservador, cuyas ideas expresadas en la prensa con tal claridad como jamás lo habían sido, manifestaban sin embozo el deseo del cambio radical de nuestras instituciones.

A pesar de manifestaciones tan patentes, no se anunció ningún auxilio exterior, y la República, como era de esperarse, se encontró sola en la crisis que se le preparaba.

Lo único que se logró con el pronunciamiento del General Paredes, fué desviar de la frontera aquel auxilio que habría sido provechoso, é inutilizar un hombre que, sin duda, era el general más capaz con que entonces contábamos.

La obstinación con que persistian los partidos en disputarse el poder aun al frente del enemigo extranjero, fué una circunstancia que por sí sola debía hacer fracasar los esfuerzos que se intentaban para conseguir la victoria; y si á esa circunstancia agregamos las mil calamidades que pesaban sobre la República, fuerza será convenir en que era absolutamente imposible que aquel buén deseo se pudiera lograr. Por esto creo que los que perecieron en defensa de la Patria, que no fueron pocos, merecen el respeto de sus compatriotas.

He terminado; quisiera que este humilde trabajo fuera de alguna utilidad, contribuyendo á la formación de la Historia de aquellos tristes días, que nos dejaron tan amargos recuerdos, y tantos motivos de estudio y de meditación.

México, Diembre de 1890.

Manuel Balbontín.

FE DE ERRATAS.

PÁGINAS.	LINEAS.	DICE.	DEBE DECIR.
29	38	32 y 27 c. centímetros.	*32 y 27 centímetros.*
30	4ª	Samtemaríe.	*Santemaríe.*
50	26	No tenían ni la mitad de la dotación.	*tenían poco más de la mitad de la dotación*
61	30	se encontraron.	*se contrataron.*